

hombres no tiene delante sino á solo Dios, y hablando con los hombres habla de Dios y á honra de Dios, como decia de sí el Apóstol ¹: *Sicut ex Deo, vel coram Deo in Christo loquimur*. Hablamos á honra de Jesucristo palabras como recibidas de Dios, y dichas en la presencia y acatamiento de Dios. Lo mismo que he dicho de la soledad, digo tambien del silencio. Porque los solitarios guardan el silencio para nunca hablar; pero aquel á quien Dios ha encomendado el ministerio de la palabra, ha de guardar el silencio para sazonar con él sus palabras; porque la sal de las palabras es el silencio. El que no sabe acallar el tropel de sus pensamientos, los declara tambien de tropel y desordenadamente; y así su razonamiento es sin gravedad, sin peso, sin eficacia y sin sabor, y por eso no sabe hablar quien no sabe callar. Luégo el silencio es el que da su punto y sazón á las palabras. Sea pues el primer cuidado de los que tratan de su perfeccion, acostumbrarse á la soledad y al silencio, cada uno segun y cuanto permite su estado y el espíritu de su vocacion; y el que no ha grangeado en esto ningun caudal, haga cuenta que no ha entrado por la primera puerta de los ejercicios, como declararemos más de espacio en los capítulos siguientes.

¹ II Cor. II, 17.

CAPÍTULO XXVII.

QUE LOS INCIPIENTES, QUE ESTÁN EN LA VIA PURGATIVA, SE DEBEN EJERCITAR EN LA GUARDA DE LA SOLEDAD.

CUENTA de sí mismo Paladio, que hallándose una vez combatido de una profunda tristeza, y desanimado á proseguir el ejercicio y lucha espiritual en que estaba, se fué á san Macario, y le dijo: Padre, mis pensamientos me afligen, porque me dicen que me vaya del monasterio, porque aquí ni hago nada, ni me aprovecho nada. Y el santo le dijo: Responde á tus pensamientos: *Propter Christum custodio hos parietes*: estoy guardando estas paredes por amor de Jesucristo. Respuesta muy sabia y de maestro de mucha experiencia. Porque juzgo que no hay hombre tan imperfecto y tan poco ejercitado, que ya que no pueda ser señor de sus pensamientos y de sus afectos para emplearlos en la contemplacion de Dios, por lo menos no lo pueda ser de sus movimientos corporales para hacerse fuerza y estar fijo en la guarda de su celda. Demás de esto dió á entender, que las paredes de la celda eran un tesoro tan grande, que todo un hombre estaba bien ocupado en solo guardarlas. Y que los demonios ponen tanto cuidado en robarnos estas paredes, que ningun cuidado y vigilancia sobra para guardarlas; y que cuando no hagamos más que estarnos á vista de nuestras paredes, será tanto el fruto espiritual

que de aquí sacaremos, que sin duda Cristo Señor nuestro se dará por bien servido de que por su amor y respeto nos ocupemos en esto. Y nuestro santo Padre en la anotacion veinte, tratando de los que han de hacer todos los ejercicios, dice ¹: *En los cuales por via ordenada, tanto más se aprovechará, cuanto más se apartare de todos amigos y conocidos, y de toda solitud terrena; así como mudándose de la casa donde moraba y tomando otra casa ó cámara para habitar en ella, cuanto más secretamente pudiere, etc.*

Los provechos que trae esta soledad y apartamiento, los reduce nuestro santo Padre á tres, acomodados á los tres estados de los incipientes, proficientes y perfectos, con que se prueba claramente, que en todos tiempos es provechosa la soledad y el recogimiento. Quanto á lo primero no se puede dudar, sino que es de grande importancia en los principios de la vida espiritual, retirarse de amigos y conocidos, y recogerse á la quietud de la celda para sanar de las dolencias y achaques de la vida pasada. Bien dijo Plutarco, que por muchas causas las enfermedades del alma son más graves y más peligrosas que las del cuerpo, pero por una muy particularmente; y es que los que tienen alguna enfermedad corporal, luego se recogen y se quietan, y se echan á su cama persuadidos, como es la verdad, que la primera medicina y la mejor, es la quietud, sin la cual los demás remedios hacen poco ó ningun provecho; y si hay tal vez alguno que no quiera recogerse ni quietarse, sus deudos y sus amigos le tienen por frenético, y le llevan por fuerza á la cama, teniendo por amistad y por beneficio hacerle en este caso esta violencia. Pero ¿quién hay que tenga

¹ Anot. 20.

esta providencia con los que tienen enfermedades espirituales? De donde vemos un número sin número de hombres incitados de la avaricia, encendidos de la ira, abrasados de la lujuria, ciegos con la ambicion, los cuales discurren libremente por las calles y por las plazas agravando cada dia más sus enfermedades con las ocasiones, sin haber quien los exhorte ni quien los haga fuerza. Sea pues el primer cuidado de los que tratan de la salud de su alma recogerse á la quietud de su celda; la cual como dijo san Basilio ¹, es como la enfermería del Médico del cielo, donde se han de curar todos los que salen heridos de la guerra de sus pasiones; y es tan saludable la sombra de la celda, que todos los que se ponen debajo de ella quedan sanos de cualquiera llaga ó herida del hombre interior. Y por eso exclama el mismo santo con admiracion: ¡O celda, morada sin duda espiritual! porque tú haces de los soberbios humildes, y de los golosos templados, á los iracundos los haces mansos, y á los que son aborrecibles los vuelves amables y amorosos, y fervorosos en la caridad; tú pones freno á la lengua, y ciñes el cuerpo con el cingulo de la castidad; tú conviertes la liviandad en gravedad, y las palabras vanas y chocarreras en silencio; pues ¿qué cosa puede ser más maravillosa que ésta? Porque si hubiera unos baños que sanasen de todas enfermedades á los que entraren en ellos, ¿con qué ansia y cuán de léjos vinieran los enfermos, sin perdonar á ningun trabajo ni gasto para encerrarse en ellos, y gozar de este beneficio! Y tenemos de nuestras puertas adentro la sanidad del espíritu sin caminos ni peregrinaciones, sin gastos ni espensas, y tan adentro de nuestras puertas que en saliendo

¹ Basil. de laud. cellæ.

de ellas la perdemos, y con todo eso no la procuramos, siquiera por hacer experiencia en qué consiste esta virtud y eficacia de nuestras paredes para mudar un hombre totalmente, y hacerle de vicioso virtuoso, y de carnal espiritual.

Y si bien lo miramos, esta eficacia consiste en dos cosas. Primera, en que la soledad nos limpia de las culpas pasadas. Segunda, que nos previene y guarda de las venideras, apartándonos de la ocasion; y como estas dos cosas sean tan propias de la via purgativa, así lo es tambien este ejercicio del retiramiento y soledad. De lo primero dice *Contemptus mundi* ¹: «Ninguno es digno de consolacion celestial, sino el que se ejercita con diligencia en la santa contricion; y si quieres arrepentirte de corazon entra en tu retiramiento, y destierra de tí todo bullicio del mundo, segun que está escrito: reprendeos en vuestros retraimientos: en el recogimiento hallarás lo que pierdes muchas veces por defuera, etc. Allí halla el alma arroyos de lágrimas con que se lava todas las noches, para que sea tanto más familiar á su Hacedor, cuanto más se desviare del tumulto del siglo.» Y la causa porque en la soledad se halla la compuncion, es la que dijo el glorioso y bienaventurado san Basilio: Porque la soledad convierte la liviandad en gravedad, y la chocarrería en silencio. Y no hay otra cosa más contraria á la compuncion, que la vana alegría, como en otra parte dijo el mismo Autor. «Si quieres, dice ², aprovechar algo, consérvate en el temor de Dios, y no quieras ser muy libre, mas con disciplina refrena todos tus sentidos, y no te des á vana alegría; date al remordimiento de corazon, y hallarás devocion: la compuncion descu-

¹ Lib. I, c. 20. — ² Ibid. c. 21.

bre muchos bienes, que la soltura suele perder en breve tiempo.» Y por esta causa nuestro santo Padre entre otras leyes rigurosas que pone á los que están en la via purgativa, una de ellas es ¹: *No reir ni decir cosa motiva á risa*. Pues si la alegría vana y la distraccion de los sentidos, es el mayor impedimento de la compuncion, ¿qué otra cosa puede haber que más ayude para alcanzarla, que la soledad, por quitar todas las ocasiones de la vana alegría, y poner peso en el corazon y recoger los sentidos?

Lo segundo, ayuda tambien en grande manera la soledad para no cometer otras culpas de nuevo. Porque nuestras pasiones tanto son más dificultosas de sujetar y de vencer, cuanto más se irritan y embravecen con las ocasiones; y cuando se las quitamos de delante, se suelen quietar y adormecer. Y así como las bestias fieras trayéndoles la mano blandamente, y halagándolas se dejan atar; así ellas no estando irritadas con el objeto presente dan lugar á la razon para que las enfrene y reprima. *Para esto es menester guardar con toda diligencia las puertas de nuestros sentidos, especialmente los ojos, oidos y lengua* ², porque tal vez no entre por alguna de estas puertas algo que despierte é inquiete estas fieras que tenemos encerradas dentro de nosotros; las cuales como se sustentan de lo que se ve y se oye y se habla, quitándoles este sustento, se enflaquecen y pierden las fuerzas para derribarnos. Pues si es de tanta importancia el poner guarda en los sentidos, ¿cuánto más fácil es y más seguro encerrarlos á todos juntos debajo de esta sola llave de la soledad y encerramiento, que no andando fuera de él haber de pelear de por sí con cada uno de ellos? Y siendo esto así, no sé cómo la vana curiosidad y

¹ I.^a Semana, Adic. 8.^a — ² P. III, c. I, § 4.
CAM. ESP.

la concupiscencia de los sentidos nos promete falsa seguridad y nos saca con engaño del recogimiento. «¿Para qué quieres ver, dice *Contemptus mundi* ¹, lo que no te conviene desear ni tener? El mundo se pasa, y sus deleites, los deseos sensuales nos llevan á pasatiempos; mas, pasada aquella hora, ¿qué nos queda sino derramamiento de corazón y pesadumbre de conciencia? La salida alegre muchas veces causa triste y desconsolada vuelta, y la alegre tarde hace triste mañana, y así todo gozo carnal entra blando, mas al cabo muere y mata.» Es pues necesario á los que empiezan, para no ser vencidos en esta pelea de los vicios, escoger el campo que más fuere en su favor, que no es otro, sino la soledad y el retiramiento. Y de estos mismos principios, de donde nace esta necesidad, nace tambien la dificultad; porque el hombre carnal y acostumbrado á los deleites de los sentidos, siente tristeza en abstenerse de ellos; y como no percibe las cosas del espíritu, así no halla dentro de sí ni de su recogimiento con qué alegrarse. Y de aquí es, que nuestro santo Padre á los que están en este estado no los exhorta al retiramiento con los provechos espirituales que han de sacar de él, porque éstos remite á la experiencia, y antes de experimentarlos no los conocen, y solamente sienten la pena de apartarse de lo que les daba gusto; y así les pone solamente delante el mérito que tendrán de mortificarse, y dice así ²: *Del cual apartamiento se siguen tres provechos entre otros muchos principales: el primero es, que en apartarse hombre de muchos amigos y conocidos, asimismo de muchos negocios no bien ordenados, por servir y alabar á Dios nuestro Señor, no poco merece delante su divina Majestad.*

¹ Lib. I, c. 20. — ² Anot. 20.

CAPÍTULO XXVIII.

QUE LA SOLEDAD AYUDA TAMBIEN Á LOS PROFICIENTES Y Á LOS PERFECTOS.

NO solamente ayuda la soledad y el recogimiento á los que empiezan, para curar sus enfermedades, sino tambien á los que se aprovechan para el ejercicio de las virtudes, y á los perfectos para la union con Dios: porque animados los principiantes al recogimiento, como se animan á cualquiera otra mortificacion ó aspereza corporal, con la ganancia de su merecimiento y con el interés del galardón, empiezan luego á sentir los efectos tan saludables de este ejercicio; de manera que cuanto al principio lo rehusaban, tanto despues lo apetecen y lo abrazan. Porque bien dijo el que dijo ¹: «El rincón usado se hace dulce, y el poco usado causa fastidio; si al principio de tu conversion guardares bien el recogimiento, serte ha despues dulce amigo y gratísimo consuelo.» Y los efectos que se experimentan de este retiramiento y soledad, son tiempo desocupado, ánimo quieto, entendimiento alumbrado, y voluntad desapasionada para elegir en todas las cosas lo que fuere de mayor servicio y gloria divina, que todas son cosas muy necesarias para aprovechar en las virtudes á los que van en la via iluminativa.

¹ *Contemp. mundi*, lib. I, c. 20.

Porque primeramente se halla uno sobrado de tiempo y libre de cuidados, y conoce claramente que los que se nos dan por amigos son los que nos roban el tiempo y el corazón, que son los mayores tesoros que tenemos; y si esto fuera para negocios de importancia, aún era menester dar el primer lugar al ejercicio de la oración y, como se suele hacer cuando hay pleito de acreedores, darle su grado y antelación, como á negocio de más importancia. Pero ¿qué diré? qué pláticas vanas y negocios inútiles nos llevan el tiempo, el cual si rescatásemos con el retiramiento, nos sobraría para el estudio y para la oración; y así dijo uno ¹: Si te apartares de pláticas superfluas, y de andar en balde, y de oír nuevas y murmuraciones, hallarás tiempo suficiente y aparejado para pensar en buenas cosas.»

Del tiempo desocupado y de la copia de buenos pensamientos nace el ánimo quieto y tranquilo; porque lo que turba el corazón, ¿qué otra cosa es sino el tropel de los pensamientos que resultan de lo que se oye y se ve? Y por eso dijo el mismo ²: «Pues te huelgas en oír algunas veces novedades, conviene que sufras que te venga turbación del corazón.»

Del ánimo quieto se sigue el entendimiento alumbrado. Porque así como la luz corporal está más limpia y clara en el aire cuando está puro y sereno, que no cuando está mezclado de vapores y nieblas; así la luz espiritual resplandece más en el espíritu quieto, que en el inquieto y turbado. En esta quietud y con esta luz y claridad se va purificando y perfeccionando el espíritu, y alcanzando cada día mayor conocimiento de la verdad, y mayor inteligencia y gusto de las Escrituras.

¹ Contemp. lib. 1, c. 20. — ² Ibid.

Porque lo que dijo el Filósofo, que el alma con la quietud se hace sabia, dijo bien; y lo mismo afirma en nuestro propósito el santo que dijo: «En el silencio y sosiego se perfecciona el ánimo devoto, y aprende los secretos de las Escrituras;» porque los afectos y sentimientos de la sagrada Escritura son muy semejantes á los que siente el alma dentro de sí, y sus verdades se representan en el espíritu quieto y limpio, como en un espejo claro y resplandeciente. Pues siendo esto así que la meditación de las Escrituras ayuda tanto para el ejercicio de las virtudes; y que para esta segunda jornada es tan necesaria la luz, que por eso se llamó iluminativa; y el recogimiento y soledad nos dispone tanto á la luz y á la quietud, y á penetrar las Escrituras; bien se ve cuán provechoso medio y eficaz será éste para los que están en el estado de los proficientes.

De este estado es muy propio también el ejercicio de las elecciones, como veremos en su lugar, esto es, escoger lo bueno en comparación de lo malo, y lo mejor respecto de lo menos bueno, así en el estado de la vida, como en todas las acciones particulares; y para que sea esta elección sana y acertada, ninguna cosa se requiere más que hacerla en tiempo tranquilo: *Y tiempo tranquilo*, dice el santo Padre ¹, *que es, cuando el ánimo no es agitado de varios espíritus, y usa de sus potencias naturales libera y tranquilamente*. Pues si la soledad y retiramiento ayuda tanto para alcanzar esta quietud y tranquilidad, mucho ayudará sin duda para las elecciones. Y como nuestro santo Padre enderezaba principalmente este su libro ²: *Para vencerse el que se ejercita á sí mismo, y ordenar su*

¹ 2.^a Semana, Ejerc. de las Eleccion. — ² 1.^a Semana, tit. de los Ejerc.

vida sin determinarse por afecion alguna que desordenada sea, como está en el título de él; así entre todos los provechos que trae la soledad á los proficientes, puso en particular el santo Padre éste de quietar el alma para buscar y hallar lo que desea, esto es, la divina voluntad en todas sus acciones y determinaciones, y dice así ¹: *Que el segundo provecho del apartamiento es, que estando así apartado, no teniendo el entendimiento partido en muchas cosas, mas poniendo todo el cuidado en sola una, es á saber, en servir á su Criador y aprovechar á su propia alma, usa de sus potencias naturales más libremente para buscar con diligencia lo que tanto desea.*

El tercer provecho del retiramiento es para los perfectos que están en la via unitiva, donde claramente se descubre el magisterio con que nuestro santo Padre puso estos tres provechos acomodados á las tres jornadas de la vida espiritual, porque dice así: *El tercero cuanto más nuestra ánima se halla sola y apartada, se hace más apta para se acercar y llegar á su Criador y Señor, y cuanto más así se allega, más se dispone para recibir gracias y dones de la su divina, y suma bondad.* Y es mucho de considerar el modo de hablar de que usa el santo Padre en estos tres provechos de la soledad. Porque en el primero solamente hace mencion de la soledad corporal, apartándose de amigos y conocidos, y de la dificultad que se siente en ella, y mérito que le corresponde; lo cual todo es propio de los que empiezan. En el segundo, de tal manera hizo mencion de la soledad y apartamiento corporal, que notó el provecho principal de ella, que es la soledad de espíritu, con la union del entendimiento á un solo cuidado. Porque, como dijo san Gregorio ²: ¿Qué

¹ Anot. 20. — ² Greg., lib. 3 mor., c. 12.

aprovecha la soledad corporal, si falta la del corazon? Porque el que vive apartado en los desiertos, y con pensamientos y deseos de tierra está en medio del alboroto y ruido de los pueblos, éste no vive en soledad; y el que corporalmente está en mitad de los pueblos y vive entre los hombres, y con todo eso tiene libre el corazon del alboroto de los deseos terrenos, este tal no está en la ciudad; luego la soledad espiritual es la que se debe desear y estimar, y saberse ayudar de la soledad corporal para alcanzarla. Y esto es propio de los que se aprovechan.

Llegando á tratar de los perfectos, no hizo el santo Padre mencion de la soledad corporal, sino de la espiritual solamente cuando dijo: *Cuanto más nuestra alma se halla sola y apartada*, etc. Lo cual es propio de los perfectos, los cuales aunque estén corporalmente entre los hombres y entre los negocios y cuidados, espiritualmente están léjos de ellos. Como se puede hacer esto declarólo muy bien aquel santo que dijo: «Señor, ésta es obra de varon perfecto, nunca aflojar la intencion de las cosas celestiales, y entre muchos cuidados pasar casi sin cuidado, no á manera de torpe, mas con una excelencia de libre voluntad, sin llegarse con desordenada afecion á criatura alguna.» Porque los hombres perfectos, aunque están libres de cuidados, más no por eso son descuidados como lo son los ociosos inhábiles y enemigos del trabajo; sino antes al contrario estando muy atentos á los cuidados y negocios que son del servicio de Dios, pasan como sin cuidado, porque son superiores á todos los sucesos; y poniendo la atencion en solo el beneplácito divino, no se allegan á criatura ninguna con aficion

¹ Contempt. mundi, l. III, c. 26.

desordenada. Y si es así que los varones perfectos no se acercan á las criaturas con afición desordenada, síguese que están léjos de ellas, y así viven en soledad; porque si el alma que llega á este estado está tan levantada sobre sí, que está léjos de sí misma y léjos de su mismo cuerpo, con más razón estará léjos de todas las demás criaturas, aunque viva cerca de ellas con el cuerpo. Este recogimiento y soledad espiritual, que es de tanto precio y estima, se cria y se conserva con la soledad y recogimiento corporal, y por eso en cualquier estado que se halle el varon espiritual debe retirarse y esconderse, y volverse á su quietud mientras no le forzase á otra cosa la obediencia ó la caridad, y el mayor servicio divino; porque tal vez andando por su voluntad entre la gente, no le arrebatase el cuidado de los negocios terrenos. Porque si bien es verdad que por tres veces conjuró el esposo á las hijas de Jerusalem ¹, que no despertasen á su esposa, pero esto se entendia hasta que ella quisiese.

CAPÍTULO XXIX.

QUE DESDE EL PRINCIPIO DE LA CONVERSION SE DEBE PONER MUCHO CUIDADO EN LA GUARDA DEL SILENCIO.

EL silencio es el sustituto de la soledad, y tiene los mismos buenos efectos que ella; porque los amigos de hablar buscan siempre la compañía de los hombres, y

¹ Cant. II, 7; III, 5; VIII, 4.

los que callan, ó huyen de ellos ó están entre ellos como si estuvieran en el desierto. De la guarda de la lengua y de los pecados de ella está mucho escrito, que será cosa superflua trasladarlo aquí. Lo que hace á nuestro propósito es, que el silencio no menos que la soledad es una medicina general para todas las pasiones y vicios á los que empiezan, y á los que se van aprovechando grande ayuda para adelantarse en las virtudes y para crecer en la luz interior, y en los perfectos es el que les guarda el sueño para gozar quietamente de la union con Dios.

Para declarar y probar esto, ¿de qué otras palabras podemos usar mejor, ni de qué otras semejanzas y sentencias que de las que usa el apóstol Santiago, que tan de espacio trató este punto? Todos, dice ¹, ofendemos en muchas cosas; pero si se hallare alguno que no ofenda en las palabras, este es sin duda varon perfecto; porque siendo señor de su lengua, lo es tambien de todas sus acciones, y gobernando su lengua como con un freno, gobernará tambien todo su cuerpo. Y si no mirad lo que pasa en los caballos, que poniéndoles un freno en la boca los tiramos á nuestra voluntad por donde queremos; y lo que más es, las naves siendo tan grandes y movidas de vientos tan poderosos, con todo eso son llevadas de una parte á otra con un pequeño gobernalle ó timon, donde y como quiere el que las gobierna; así tambien la lengua, aunque es en sí misma un miembro pequeño del cuerpo, no son pequeños, sino grandes los efectos que hace. ¿Qué cosa se podia decir más á propósito para probar que de solo el gobierno de la lengua depende el gobierno de todas las acciones; y que solo con poner freno en la lengua se enfrenan todas las pa-

¹ Jacob III, 2-5.